

MARTA SANZ

*Black, black,
black*



Los padres de Cristina Esquivel, una geriatra a la que han encontrado estrangulada en su piso de Madrid, contratan al detective Arturo Zarco para que encuentre al asesino. En realidad, lo que esperan es inculpar a Yalal, el albañil marroquí con el que estaba casada Cristina, y que ahora tiene la custodia de la hija de ambos.

Zarco es un detective muy poco convencional; cuarentón, gay, y aún estrechamente ligado a Paula, su exmujer, a la que cuenta y con la que discute por teléfono las vicisitudes de la investigación, y hasta los pormenores de sus fascinaciones eróticas. Pero bajo la superficie de las charlas, tras el relato de ir y venir de vecinos sospechosos y de presuntos implicados, la conversación telefónica entre el detective y Paula se convierte en un pretexto para la dominación y la venganza, para el daño que se quieren infligir dos personajes que se odian, se aman, se necesitan y se repelen. Hasta que el forcejeo dialéctico entre Zarco y Paula queda, de repente, interrumpido por el diario de la enfermedad de Luz, una de las vecinas de la geriatra asesinada, y madre de Olmo, el jovencito que fascina y perturba a Zarco.

El día 2 de noviembre de 2009, un jurado compuesto por Salvador Clotas, Paloma Días-Mas, Luis Magrinyà, Vicente Molina Foix y el editor Jorge Herralde, otorgó el XX-VII Premio Herralde de Novela, por mayoría, a *La vida antes de marzo*, de Manuel Gutiérrez Aragón.

Resultó finalista *Providence*, de Juan Francisco Ferré.

También se consideró en la última deliberación la novela *Black, black, black*, de Marta Sanz, excelentemente valorada por el jurado, que recomendó su publicación.

Un criminal con educación es casi siempre un ególatra empedernido.

WILKIE COLLINS, *La hija de Jezabel*.

... la seducción irrumpe como estrategia dominante de la legitimidad posmoderna [...] Si hasta fechas recientes la seducción aparecía con una cara ambivalente (por un lado remitía a lo que tiene de engaño, por otro, a la admiración que provoca), asistimos ahora a su legitimación como forma deseable de la comunicación social. Ya no se trata de que alguien quiera seducir, sino de que todos quieren ser seducidos, sin que la base falsa o tramposa sobre la que puede estar construida la seducción origine reparo alguno.

CONSTANTINO BÉRTOLO,
La cena de los notables, pp. 152-153

Black I

El detective enamorado

—¿Paula?

—¿Sí, Zarco?, ¿qué me cuentas?

Ayer me puse mis pantalones con la raya perfectamente definida, mi pulóver más elegante, mi chaqueta cruzada, y salí a la calle con los ojos ocultos tras unas gafas de sol. Me perfumé con una colonia que huele a madera y a musgo. Como un refinadísimo Philo Vance. Al mismo tiempo, fuerte, viril. Guapo. No puedo evitar ser una persona pulcra ni que me gusten los muchachos de baja estatura y compleción débil. Ni que se me vayan los ojos.

Mis clientes son una familia destrozada por el estrangulamiento de su hija; una familia que no entiende que la policía no haya aún apuntado con el dedo hacia ningún sospechoso y haya archivado el caso después de un año de infructuosas investigaciones. El marido de la muerta aún vive en el que fue su hogar conyugal y no puede decirse que sus suegros se fíen de él.

—Es moro —me informó el padre de la muerta.

—¿Quiere usted decir árabe?, ¿marroquí?, ¿argelino?, ¿tunecino?

—Quiero decir moro.

El señor Esquivel no se desdice con facilidad. No tiene una predisposición complaciente. Cuando me recibe, está leyendo un diario conservador que ahora descansa encima del sofá abierto por la página de necrológicas. Ha estado resolviendo el crucigrama apretando tanto el bolígrafo que casi ha traspasado el papel. Un ciego, tocando el reverso de la hoja, hubiera sido capaz de descifrar los trazos del señor Esquivel. Este hombre es tajante y no debe de pensar

las cosas dos veces. El cráneo lampiño se le pliega como un acordeón cuando intuye que alguien matiza sus opiniones, lo que en su lenguaje quiere decir que se le lleva la contraria.

—Moro —repito en voz alta mientras apunto el dato en mi cuadernito, y a Esquivel la calva se le vuelve a poner tersa.

Las hostilidades entre el marido de la difunta y su familia política justifican que mis clientes no vean demasiado a su nietecita, Leila, que acaba de cumplir dos años.

—¿A usted ese le parece un nombre para una criatura?

Más allá de la elección del nombre, de la religión que pudiera profesar en el futuro y de la posibilidad de que Leila de mayor se pusiera un velito para cubrirse, a los Esquivel no les preocupa en exceso ese asunto. Si se resuelve lo del padre, lo de Leila se arreglará solo. Antes de continuar, aprovecho la mención a la niña para explicarles que yo no puedo intervenir en un caso de asesinato, aunque sí de otra índole. Como si se le hubiera ocurrido a él, Esquivel me interrumpe:

—El caso está archivado por la policía y, además, usted siempre puede decir que nuestro único objetivo es recuperar a la nieta.

La madre de la difunta, una mujer aparentemente servicial, con los párpados pintados con una sombra rosada, abre la boca:

—Le advertimos a Cristina que no se casase. Pero no nos hizo caso.

—Era muy bruta. Muy obcecada. Si se le metía algo entre ceja y ceja, no había forma de hacerla cambiar de opinión.

El padre pronunció su diagnóstico con cierto orgullo de casta y la madre rompió a llorar mientras compartía conmigo sus recuerdos:

—También estudió medicina por pura cabezonería. Y todo para acabar limpiando culos, viendo carne vieja en un

asilo.

—Cristina no limpiaba culos. Y el asilo es una clínica de mucha categoría.

—Me da igual. Nosotros le insistimos en que no hacía falta que se esforzase tanto, que con nosotros nada le iba a faltar, pero ella se empeñó y, al final, fíjese usted, ¡doctora geriatra!

—Y muerta —apostilló el señor Esquivel.

En nuestra cultura el empecinamiento está bien visto. Lo mismo que las voluntades férreas, la efusividad, la propensión al llanto y la sinceridad a ultranza. Eché de menos que los Esquivel disimularan un poco sus fobias, que se mostraran más corteses y opacos. Tal vez los filtros de su enmascaramiento les hubieran ayudado a no ser exactamente lo que parecían ser: dos viejos que hubiesen estampado, con gusto y cargados de razón, un bate de béisbol contra la cabeza de un pariente político; un matrimonio anónimo, sediento de venganza, en un linchamiento popular. Quiero decir «país de fieras», pero logro que la expresión no se me escape. En su lugar formulo una pregunta:

—¿Era Cristina hija única?

La señora Esquivel se apresura a contestar con pudibundez:

—Sí. Aunque nos hubiera gustado, no pudimos tener más hijos.

La casa de los Esquivel es un chalé en una zona privilegiada de la ciudad. Un chalé anodino, decorado con mal gusto y que no cuenta con ninguna estancia tan hipnótica como el asfixiante invernadero en el que el Coronel recibe a Marlowe después de que Carmen Sherwood haya intentado tomar asiento en las rodillas del detective: «Tenga cuidado con su hija, Coronel Sherwood, ha tratado de sentarse en mis rodillas cuando yo estaba de pie».

En el chalé de los Esquivel no me recibe una muchacha que se chupa el dedo con ojos de pérdida mientras restriega su cuerpo contra mi bragueta impasible. Me recibe un

matrimonio sesentón con unos rasgos físicos tan vulgares que los recuerdo con dificultad. Allí no hay invernadero ni orquídeas con pétalos cárnicos. No bebo varios vasos largos de *whisky* o de coñac, llenos hasta el borde, mientras el señor Esquivel se emborracha solo con mirarme y aspira el humo de mis cigarrillos sin filtro para embriagarse por transferencia. Me dan una fanta de naranja y encima de la mesita no hay ceniceros. La camisa no se me empapa en sudor ni la tela deja transparentar la tableta de chocolate de mi musculatura. No es necesario que me quite la chaqueta. La señora Esquivel no tiene oportunidad de abrir la boca y de quedarse con ella abierta por motivos directamente relacionados con la dureza y proporción de mi anatomía.

Este oficio hay que tomárselo o con sentido del humor o con cierto culturalismo. El sentido del humor sirve para los galanteos, las entrevistas con los sospechosos y con los clientes —no está de más hacerse el simpático—, para la aproximación a la sordidez y para dormir como un tronco cuando uno se acuesta muerto de aburrimiento tras una jornada rutinaria. El culturalismo se aplica para contemplar el agujero de bala, la aguja de la trepanación, el hachazo, las amputaciones de dedos y de orejas, incluso para darle a la infidelidad otra luz. Todo —los cuerpos desmembrados y los papeles de periódico— son elementos para un bodegón, por ejemplo, de Chaim Soutine. Chaim Soutine deambulaba por las calles de París buscando el mostrador de la carnicería que exhibiera la gallina de sus sueños, la pieza de vacuno abierta, el costillar en exposición salvaje, el color rojo, granate, magenta, menstrual, burdeos, carmín, bermellón, barroso, carmesí, fuego, sangre, rubí, pimentón, azafrán, tomate, sandía, púrpura. Chaim Soutine caminaba por las calles de París y, después, se murió en una mesa de operaciones.

El culturalismo he de aplicarlo pocas veces, porque yo casi nunca veo sangre a borbotones. Repaso documentos,

ingresos y pérdidas, asientos contables, tiro fotos. Converso con personas que se quedan pálidas. Desde que saqué mi licencia, rebusco entre las basuras un pasaje que ya he leído, la escena de una película en la que un director, casi siempre en deuda con el expresionismo alemán, enfoca a contraluz el perfil fumador de un villano trajeado. Pero en la casa de los Esquivel no hay literatura, sino dinero. Invertido con mal gusto, pero dinero. Mientras lo anoto en mi libreta repito en voz alta:

—Hija única.

Si hubieran sido conscientes de lo que le agradezco a la señora Esquivel que sea pudibunda; si hubieran podido ver las imágenes que desfilan por mi cabeza, la repugnancia que me produce representármelos queriendo traer más hijos al mundo; si hubieran sabido que me parecen atractivas las curvas y la apacibilidad doméstica del Dr. Watson, que me encanta su carácter y que imagino lo bien que le irían a sus manos una aguja de ganchillo y una bobina de hilo de perlé, que Watson sería el hombre perfecto para iniciar una convivencia en la edad madura, una vez olvidados los efebos, los apretones y el tiempo que perdí, los Esquivel no me habrían contratado jamás. Pero mis aptitudes para el disimulo y para la contención son más que notables, y los Esquivel no parecen muy observadores. Solo ven en mí a un hombre educado que apunta con eficiencia algunos datos en su cuadernito. Un hombre que, además, huele bien.

Probablemente la muerta era un calco de papá, porque el señor Esquivel sigue resobando su idea fija:

—Es que es incomprendible. Lo tienen delante de los ojos y ¡no quieren verlo!

Esquivel me presenta el caso como pan comido.

—Si mi hija se hubiera casado con un blanco, ya estaría en la cárcel el pobre hombre. Pero con los moros nos andamos con pies de plomo...

Decido no otorgar mucha importancia a los comentarios del señor Esquivel, porque a fin de cuentas le habían mata-

do a una hija y el trabajo que me ha propuesto tiene mucho más empaque que los que me encargan de costumbre. No consiste en la rutina de obtener pruebas para un caso de divorcio o para acreditar la estafa de un socio traidor; no debo buscar motivos para avalar las purgas de elementos rebeldes de una empresa multinacional ni mantener vigilada a una *nany* que le mete a un bebé la cuchara de potito por las narices, que le da cachetadas y le deja caer al suelo desde la altura de sus brazos extendidos en cuanto los papas se dan la vuelta para ir a trabajar. No era un encargo de esos progenitores que con gusto les pondrían a sus hijos pulseras, aretes y microchips electrónicos para comprobar el número de pastillas que ingieren por noche o la cantidad de alcohol que filtran sus higadillos de pollo en pleno proceso de crecimiento.

Esta vez se trata de una muerta. Una mujer estrangulada, según constaba en el informe de la autopsia, con algo parecido a un cordón de zapato. La señora Esquivel interrumpe mis pensamientos:

—Se lo advertimos, señor Zarco, pero era muy cabezona, muy cabezona...

Me llamo Arturo Zarco. Aunque ese naturalmente solo es mi nombre artístico.

—Muy cabezona, ay, pobre hija.

Al señor Esquivel se le nota la soberbia genética en el gesto de la boca, en la forma de alzar la barbilla y de mirar por encima de sus gafas de cerca, cada vez que su mujer insiste en las obcecaciones de Cristina Esquivel. Anoto en mi cuaderno que la difunta era una mujer obstinada. La obstinación no es siempre una virtud. Los Esquivel a veces entienden el empeñamiento como una cualidad maravillosa del carácter de la hija, una cualidad que ellos mismos le habían inculcado y que tenía que ver con llegar a la meta a toda costa aunque se estuviera echando el bofe, mientras que, otras veces, ese mismo empeño era una forma de debilidad, un momento de flaqueza. Esos son los únicos datos

relevantes que puedo extraer de los comentarios del matrimonio. La señora Esquivel, sin separarse ni un segundo de su marido y sin ofrecerme más fanta de naranja pese a su aspecto aparentemente servicial, insiste una y otra vez en la misma cantinela:

—Aquello no podía acabar bien. Casarse con un moro. Por cabezonería.

—Solita, ya está bien. ¿Quiere usted preguntar algo más, señor Zarco?

—Sí, ¿cuál es la profesión del que fuera su yerno?

Los Esquivel se miran a los ojos. No les ha gustado nada que nombre al marido de la muerta con la palabra que designa el parentesco que les une a ellos, pero esa es una de las pequeñas maldades que me puedo permitir porque resulta fácil dar marcha atrás, achacarlas a un despiste o a la costumbre. El señor Esquivel me perdona y, desenganchándose de la mirada de su mujer, me da el dato:

—Albañil. Es albañil.

Esquivel me proporciona la información como si ya estuviera todo dicho, como si a mí desde ese momento no me quedara nada por investigar y solo fuera a invertir mi tiempo en ratificar sus hipótesis. Sin embargo, haciendo acopio de valor, les advierto que, pese a sus fundadas sospechas —es importante hacerles un poco la pelota y además no tengo ganas de entablar con ellos una discusión política—, a veces las cosas no se resuelven como sería previsible. Evito las confrontaciones y me gusta ser complaciente con quienes me pagan; suelo plegarme a sus deseos. Pero en esta ocasión quiero cubrirme los flancos por si «el moro albañil» no es culpable, aunque Yalal Hussein —así se llama el yerno— está hecho a propósito para llevar de por vida un pijama de rayas. Mientras sopeso todas las posibilidades, al señor Esquivel se le arruga significativamente la carne del cráneo desnudo y su señora corre a quitarle un poco de hierro a mis prevenciones:

—Ya verá, en cuanto usted lo vea, se va a dar cuenta de que el tipo es un animal, un primate... ¡Si hasta habla mal el español!

No les gustan mis reticencias, pero su oferta sigue en pie quizá porque la cabezonería es un rasgo de familia. Yo, por mi parte, acepto su propuesta económica —inmejorable— y llamo enseguida a Paula para informarle de mis primeras impresiones.

No soy valiente para los asuntos personales. Disimulé durante mucho tiempo y me casé con Paula, aunque nos divorciáramos en menos de dos años y ella sea ahora una de esas mejores amigas que me llaman al orden en cuanto cometo un error. Aunque es cruel, telefono a menudo a Paula y le cuento mis desengaños o le transmito la euforia de los primeros encuentros con mis amantes. No puedo verle la cara cuando me atiende por teléfono, pero la imagino mordidiéndose los labios o dando pataditas contra el parqué mientras me trata con amabilidad, como si le importaran un bledo mis asuntos. Ahora bien, siempre que tiene ocasión Paula coloca su dedito encima de la llaga que más me duele. Me detecta los talones de Aquiles y los alancea. Yo sigo llamándola para infligirle un poco de ese daño que da gusto. Ella se venga de mí. Nos devolvemos los golpes y nos acompañamos como los dualistas de Stoker. No podemos vivir el uno sin el otro. A veces Paula me ayuda a ver la luz.

—Zarco, te has metido en una mierda de caso con una mierda de gente.

Paula quiere aguar-me la fiesta. Es su obligación.

Hoy, protegido por mis gafas, camino por una calle del centro. Veo gris el cielo y las fachadas de los edificios de cuatro plantas y la ropa en los escaparates de las tiendas. Gris el cristal de mis gafas por dentro y las vidrieras de los locutorios, grises las antenas parabólicas y los líquidos que quedan en los culos de los vasos de vermú. Grises las palomas y los coches aparcados. Grises mis manos cuando las saco de los bolsillos de la chaqueta para retirarme el flequillo. Grises los carteles de «Se vende» y de «Se alquila» y las bombonas de butano que la gente saca a los balcones. Grises las vomitonas que huelen desde el suelo. Grises las farolas y los contenedores de basura y las tapas de registro del alcantarillado y los adoquines. Grises las papeleras y el interior de la boca de los transeúntes. Grises las piezas de carne menguante para preparar el *kebab* y las tapitas, atravesadas con un palillo, para acompañar la caña. Las *boutiques* del *gourmet*. Grises las monedas para comprar el periódico y las orejas en las que se apoyan los teléfonos móviles. Los telefonillos de las comunidades. Grises el fontanero del barrio y los repartidores y las cajas de botellas de refrescos y los cascos vacíos. Las macetas de geranios y de amor de hombre, grises. Los parroquianos acodados en las barras y los mendigos y las señoras que pasean a sus perros o tiran de sus carritos de la compra, grises. Grises las ofertas de las inmobiliarias y los muebles de los anticuarios y los pescados de la pescadería y las mesas de mármol de los cafés y las cabezas de las gambas en el suelo de las tasacas y los botones, ovillos y gomas que venden en las mercerías. Los periódicos, los *graffiti* y los letreros apagados de

los garitos. Los mechones que caen de entre las tijeras de los peluqueros y los aceites y los bálsamos de los salones de belleza. Gris, la perspectiva hacia el final de la calle. Lo veo todo gris pero, cuando entro en el portal de la casa en la que vivía Cristina Esquivel, me quito las gafas e imprevisiblemente todo se llena de colores.

El portal no es lujoso ni grande. Es estrechito y adornan el techo coquetas molduras pintadas de rojo. El suelo es de mármol blanco, entreverado de hilos de humo, con cenefas también rojas. En primer plano, una escalera con los peldaños de madera y la barandilla metálica rematada en una bola dorada; el pasamano también es de madera barnizada, brillante. Más allá, se vislumbra un patio con una fuente y, al fondo, la escalera interior. En el patio un niño de unos cuatro o cinco años, vestido con un peto, pedalea en un triciclo: su aspecto no es muy saludable, pero debe de ser una criatura fuerte porque sus pedaladas son enérgicas y, mientras pedalea, lanza exclamaciones indescifrables para mí.

—*Agggg, guans, jabú!*

En los alféizares de las ventanas del patio interior los vecinos han puesto arbolitos enanos y tiestos con flores. Contra el cuadrado azul del cielo se dibujan las formas de la ropa tendida; destaca sobre todo la ropa interior de los hombres y de las mujeres, de los jóvenes y de los viejos: las bragas extragrandes, los calzoncillos de marca, los sostenes con relleno líquido, los simpáticos calcetines colgados por la punta, las camisetas de algodón, los tangas, los visos y las combinaciones... Huele a suavizante, a palitos de incienso y a un caldo de verduras que me abre el apetito. Por una rendija se filtra hasta la oquedad del patio una relajante música de cuerda. El patio es un rectángulo secreto que nadie adivinaría desde el exterior. Un lugar agradable para vivir en el que posiblemente los vecinos se pidan tacitas de sal y se feliciten las pascuas.